

Valdivia

Cházaro Flores, Sergio

2009

<http://hdl.handle.net/20.500.11777/3552>

<http://repositorio.iberopuebla.mx/licencia.pdf>

VALDIVIA

Sergio Cházaro Flores*

–Y dígame, ¿dónde queda Valdivia?

–Está usted sobre Valdivia.

Como en otros muchos lugares del país, la gente de Valdivia se aprestaba para pasar la noche de manera cotidiana. Pero para ellos no fue así, tan cotidiana. Un fenómeno telúrico originado en la Sierra Madre de Chiapas se fue gestando desde hace mucho tiempo; desde que empujaron a los indios a sembrar en laderas de montañas donde no se debe sembrar. La lluvia se precipitó de manera salvaje, haciendo más estragos porque ya no hay tanto árbol que retenga el suelo. Una descomunal avenida de agua, amazónica, irrumpió en las partes bajas destrozando todo lo que encontró a su paso, lo mismo árboles gigantes, piedras del tamaño de una cabeza olmeca, puentes, carreteras, hasta llegar con su torrente siniestro a las miles de casas endebles que no esperaban tanta agua, tanta arena, tanto lodo, en cantidades difíciles de medir y, sobre todo, de describir.

La vida cotidiana de la gente de Valdivia, colonia del municipio de Mapastepec, Chiapas, dejó de ser para algunos vida y, para la gran mayoría, cotidiana.

* Coordinador del Área de Servicio Social, UIA-GC.

«Me despertó en la madrugada el ruido del agua. Desperté a mi esposa y a mis hijas y con lo que teníamos puesto salimos de la casa, ya con el agua en la cintura. Intentamos escapar de la corriente pero no fue posible, nos tuvimos que refugiar en un tejabán donde unos vecinos guardan su camioneta, ya ahí pasamos lo que quedó de la noche».

Juan de Jesús era el conserje del kínder [jardín de niños] de Valdivia. Lo sigo caminando entre la arena que pareciera de un mar que de pronto hubiese pasado por ahí, de manera misteriosa, pero dejando acarreos mayúsculos de arena todavía húmeda, amenazante aun en su condición sedimentada. Camino atónito, aturdido, con más ganas de llorar que de platicar o de preguntar. Venimos a traer ayuda, a evaluar daños, a elaborar un plan de trabajo, y yo me siento paralizado, mudo. Juan de Jesús me va mostrando y describiendo lo que eran las calles, y sobre todo las familias que habitaban las casas ahora hundidas por la arena. Más atrás, entre la carretera que va a la costa de Chiapas y donde caminamos, comienza la colonia. Uno no lo sabe, pero de pronto advierte grandes árboles de mango sepultados hasta más de la mitad de su altura. Escenas como éstas van dando idea de que uno va caminando sobre Valdivia, que Valdivia ya no existe.

Entre las casas hundidas se adivinan chozas de gente muy pobre, pero también casas de «material» que no resistieron el embate que arrasó personas, ganado, cultivos, casas; pasado, presente y futuro. Contemplar un desastre es riesgoso, ya que uno se puede quebrar o acostumbrarse. Pero es difícil volver a ser el mismo cuando a tus pies tienes un tejado intacto, pero inmersa en la arena el resto de la casa.

«Este es el kínder, esta es la escuela, la cancha de basquetbol...».

Sólo se salvó la iglesia gracias a un furgón de ferrocarril que sirvió de contención —pero aun la iglesia recibió el lodo— y sirvió de salvamento para una doctora que hace su servicio social en Valdivia.

El exconserje del kinder describe algunas actividades antes de la catástrofe, señala la reparación en una de las láminas de asbesto, justo para impedir el paso de la lluvia. Ahora el techo sirve de asiento, incluso hay que agacharse para observar el parche de chapopote derretido. Ya no se escucharán más gritos y cantos de niños, ya no correrán por los patios, ya no habrá materiales con los cuales aprender, incluyendo el globo terráqueo hundido en el fango gris pestilente.

Juan de Jesús muestra la escuela primaria. De las varias aulas sólo asoman los techos rojos tipo CAPFCE. Toda la escuela hundida, hundida toda. Y las preguntas brotan ociosas, la sensación de absurdo es inevitable y recorre la piel. ¿Qué pasó aquí, dónde está Valdivia? La cancha de basquetbol hundida, asoman los tableros con sus canastas a la mano; entre el cemento y los aros, arena, mucha arena.

«Esta es mi casa, así quedó», diciendo esto Juan de Jesús se precipita hacia un ramerío donde surge el techo de un «triciclo» y una bocina sin el «magneto». Mueve la enramada y rescata con mucho trabajo un aparato negro, lleno de lodo, lo sacude, le pega contra un tronco: «Me ha de servir, es un amplificador, lo voy a reparar y voy a comenzar de nuevo».

Algunos vecinos de otras casas hundidas en el fango extraen de sus destechadas viviendas algo de ropa, algún mueble, el refrigerador, lo que pueden. Es evidente que los aparatos no servirán o será muy cara su reparación. Los campesinos están acostumbrados a utilizar cualquier recurso y volverlo útil, a nada le hacen el feo, saben exactamente para qué es cada cosa. Juan de Jesús pide a sus vecinos que le cuiden las pocas pertenencias, ellos dicen que sí.

Caminamos. El sol puede provocar quemaduras de segundo grado en pieles no aptas y en pieles acostumbradas; el grado de humedad es perceptible en pulmones normales y en pulmones con alguna infección.

La arena despide olores no sólo de humedad, sino olores ácidos, fétidos y en algunos lugares el tufo de la putrefacción provoca arqueadas en el estómago.

«Mire el tren».

Los furgones vencidos, un trascavo hundido. La iglesia enhiesta, sombría, en su garganta el olor cavernoso del fango, unas bancas derribadas; el fango respetó la altura de una construcción que siempre desafía al cielo. Arena, arena, arena, más arena.

«Mire. ¿Qué es esto?, parece que son papeles de la escuela».

Es cierto, son oficios irrelevantes y unas boletas de calificaciones, pero para Juan de Jesús se trata de papeles importantes. Él barría los pisos de la escuela, le daban órdenes de traer cosas y ahora recoge con respeto papeles hechos para trámites burocráticos.

«No me han pagado, trajeron la nómina a un lugar que está como a dos horas pero a mí no me llegó el cheque».

El camino se hace un laberinto entre casas hundidas. Una familia ha rescatado de la casa un refrigerador, en su interior se ven unos cascarones aplastados, escarban y palean con tenacidad, sudorosos. Sobre una mesa recién sacada y aún con el lodo casi seco se esparcen los restos de una despensa recién llegada: atún, mermelada, botellas de plástico, limones.

«Perdí mi ganado. Mucho ganado se fue con la corriente, quizás por ahí ande algo y lo vamos a buscar, nosotros nos subimos a ese tinaco. Ahí pasamos el agua. Dormimos de pie, mojados, hasta que vimos en la mañana que andaban unos cerdos por ahí y se nos hizo raro con tanta agua; entonces nos dimos cuenta de que andaban ahí pisando y nos dimos cuenta de que pisaban tierra, de que había muchas partes con tierra. Ahí vimos cómo el agua no vino sola sino con arena, con mucha arena».

El tinaco está sobre una loza de la casa, donde eran los baños; ahora uno pasa de la arena al tanque de agua sin tener que subir, la arena da otra dimensión topográfica al lugar.

No quedó nada útil en miles de metros cuadrados, arena y más arena. Con ingenuidad, Juan de Jesús relata que de la arena salieron camaroncitos, que anduvieron buscando para comerlos. La mayoría de los árboles han quedado atrapados, asfixiados por masas de mineral.

De regreso, en las afueras de Valdivia, grupos de gente, mujeres, hombres, niños, ancianos, remontan las distancias entre el calor y la humedad, cargando con lo poco de lo recuperado, láminas, algo de ropa; caminan hacia los albergues o refugios temporales donde arman la vida con lo que queda, con lo poco valioso que queda.

El tronido de cuatro helicópteros Puma y las aspas de la nave presidencial arrojan al militar que saluda al Presidente, oculto ya en la panza del aparato. Zedillo ha caminado; ha dado algunos pasos en la carretera de asfalto, en uno de los tramos por donde se puede caminar; ha visitado un albergue. Desde muy temprano en Pijijiapan se ha advertido que llega el Presidente.

Despertar en el piso de la presidencia perredista y escuchar la voz que llama desde Tuxtla y exige que alguien atienda la llamada porque va a ir el gobernador. Ernesto Zedillo ha declarado hace unas horas que no ha visto un kilo de ayuda de la sociedad. En Pijijiapan llegan tráileres, ya de la Cruz Roja, ya de las universidades. Comestibles, agua, ropa clasificada; horas y horas de acopio y de trabajo de unas cuantas gentes que saben que hay que entrarle, que nadie va a hacer las cosas si no se concreta la iniciativa.

El Presidente camina rápido, demostrando que entrena todas las mañanas a pesar de los desastres; a él le gusta el deporte. Alcanzarlo es difícil, la gente que viene atrás de él dice: «que vaya a ver a los enfer-

mos, que vaya a ver a los muertos, que vaya a ver, que vaya a ver.» Zedillo dice un chistorete de los que acostumbra; lleva camisa de cuadros, pantalón nuevo de mezclilla. El Presidente aborda su presente, comienza a tomar distancia real, ya en el aire se ve una mano diciendo adiós, quizás adiós para siempre. Zedillo no caminó entre los cientos y cientos de casas hundidas por la arena; no olió el tufo de la muerte; no metió en su piel lo gritos de los humanos arrastrados por las corrientes apocalípticas. Zedillo reclama, no pudo con el paquete, ya que él dejó claro que era un asunto de Estado controlar la catástrofe: los militares harían la comida y administrarían la ayuda.

Los cuatro helicópteros despegan uno a uno por distintos lugares, ahí van funcionarios, la Caravias, de la Fuente, militares, periodistas, se van sin sentir el dolor que mana cerca; se van sin percibir el abismo entre damnificados y no damnificados; se van en lugares cómodos para tomar «medidas» y decir a los medios lo mucho que hace el gobierno; se van sin constatar que los soldados van y vienen sin hacer nada, que sólo palean un rato mientras está en el ambiente la presencia de su comandante supremo; se van sin observar a los soldados hacer rondines con pelotones de más de 50 elementos, vigilando arma en ristre zonas devastadas, casas despanzurradas, lozas de techos en el piso, millares de ramas y de troncos, desolación de este momento, desastre prolongado por quién sabe cuánto tiempo.

El Presidente se va sin haber caminado solo entre esas dunas ahí, apenas a unos metros de su visión. Se va y quizás vendrá, volverá sin estar; hará otra gira sin asumir las expectativas que genera su presencia. El Presidente no caminó sobre Valdivia, tampoco sintió la grotesca manera de morir sepultado entre tanto fango. No oyó los gritos, no sintió las manos aferrarse a la nada.

Valdivia desapareció y muchas otras regiones. Aún no se cuantifi-

ca con exactitud el número de las personas damnificadas, de las personas desaparecidas o muertas; tampoco se describen con claridad los destrozos no sólo de casas sino de cultivos, de tierra, de ganado, de fauna y flora que se alteró el día que se vinieron los cerros sobre Pijijiapan y Valdivia.

Mientras algunas señoras le piden a sus maridos camionetas grandes y celulares, muchas señoras temen a las enfermedades, a la sed, al hambre, a la pobreza extrema conseguida en horas. Mientras algunos señores en el golf hablan de sus conquistas materiales y sexuales, otros señores arañan la tierra, el lodo, la arena intentando sacar una camisa, un clavo, una foto, un recuerdo.

Los daños provocados por las lluvias en Chiapas, tanto en la sierra como en la costa, son reales y mayúsculos. La gente necesita todo tipo de apoyo, pero sobre todo acompañamiento para este duelo, para esta circunstancia compleja, sorpresiva y absurda.

Lo que hacemos como personas organizadas hacia los damnificadas es importante, es clave. No es la solución, pero es una aportación.

Los cargamentos de víveres, ropa y agua están llegando a las personas que más lo necesitan y otras personas, ya pobres *per se* piden algo de lo nunca visto, sobre la pobreza, más pobreza.

En gran parte las catástrofes son producto de la naturaleza, lo sabemos, pero estas se agudizan a través de la inadecuada visión de mundo. Mientras empujemos a los campesinos para que siembren en los montes y arrasemos con las maderas finas, los soportes de los cerros cederán y sepultarán sin aviso a cualquier grupo, a cualquier pueblo.

En caso de catástrofes no anunciadas o previstas, en el asunto del volcán, es importante aprender de todas estas experiencias.

Quedarse en silencio, quedarse en el no se puede, es perder la perspectiva y reducir el problema a lo imposible.

Es importante creer y vivirlo así: cualquier acción organizada y proyectada puede mitigar un poco el indescriptible dolor de los que nada tienen, quizás también a causa de los que tenemos muebles de cedro o comemos productos del campo pagando barato, sin el gravamen ambiental que repercute directamente en el deterioro de calidad de vida de muchos seres humanos.

Ojalá seamos suficientes obreros para armar los andamios que nos salven de esta y otras catástrofes; ojalá nunca hablemos más de catástrofes; ojalá que el volcán no estalle, no reviente sus paredes y nos sepulte con las manos llenas de ceniza y de impotencia.

*Universidad Iberoamericana, Golfo Centro
24 de septiembre de 1998*